



TOMO VII.—NÚM. 65.

REVISTA LITERARIA.

AÑO VI.—NÚM. 357.

ANUNCIOS: á precios convencionales.
Número suelto, un real.

Director propietario: VALENTIN L. CARVAJAL.
Administracion, Lepanto 18.
ORENSE.—MIÉRCOLES 10 DE DICIEMBRE DE 1879.

SUSCRICION: 5 pts. trimestre
en toda España.

SUMARIO.

Historia de un libro en folio contada en muy pocas líneas, por Jesus Muruais —Sermón manchego y palabra de gallego, (cuento), por Ricardo Conde Salgado.—La última duda, (poesía), por V. Novo y Garcia.—Miscelánea.—Ecos de Orense.—Anuncios.

HISTORIA DE UN LIBRO EN FOLIO

contada en muy pocas líneas.

(Conclusion).

Fuera, pues, esta singular educacion el origen de mi mania ó cualquiera otra causa, lo cierto es que si los tesoros de dinero y de paciencia que he gastado en satisfacer mi avasalladora pasión, los hubiera empleado en la satisfaccion de mis culpas me hubiera presentado á juicio con la frente muy erguida. Pasan de mil en el trascurso de mi existencia mis viajes en exploracion de algun Elzevir trasconejado.

Bien es verdad que poseo veintitres Elzevir! Si no temiera que mi voluntad fuera desobedecida, mandaria que me sirviese de mortaja la obra magna de Alberto el grande, cuyo manuscrito me ha costado casi una fortuna. Desgraciadamente absorbido mas que ninguno de mis ascendientes por mi exclusiva aficion, no me he cuidado como ellos de transmitir la vida á un ser que herede mi gusto dominante y que vele por la conservacion de mis queridos ejemplares. Hay veces, Dios me perdone, que pienso muy seriamente en quemarlos todos un minuto antes de mi muerte evitando asi que mi estúpido soribno haga con ellos tacos para sus fusiles. Por eso escribo estas revelaciones en una lengua extraña á este, pues quiero que las lea una persona capaz de comprenderme y tengo el presentimiento de que esa persona existe, y no se reirá de mi relato.

.....

En una de mis frecuentes escursiones á Colonia, me pasó una cosa singular hasta entonces para mí. Durante los dos meses que llevaba de residencia en esa ciudad ocupado en recorrer los almacenes de libros que allí existen, todas las noches volvía á mi posada con los ojos llenos de lagrimas y los bolsillos, en cambio, completamente vacíos. ¡Nada! Ni un miserable hallazgo habia hecho en todo ese tiempo. Un día, ya desalentada, pregunté á uno de mis proveedores la causa de aquella escasez inusitada y me respondió que por el contrario, jamás habian estado mas surtidos sus depósitos de verdaderas y buenas curiosidades bibliográficas.

—Pero, tenéis desgracia, añadió con burlona compasion. Cinco minutos antes que vos, viene siempre un maldito judío de Leipsick que compra sin regatear cuanto hay de bueno en mi tienda y se marcha enseguida, sin duda á repetir igual operacion en las demas librerías.

Aquella revelacion me produjo efecto de una estocada recibida á traicion en una callejuela de manos de un enemigo desconocido. Partí dejando al librero evidentemente asustado de la expresion de odio que debió tomar mi fisonomia, porque, en efecto, ese sentimiento desconocido hasta entonces para mí habia hecho súbita explosion en mi alma. A partir desde aquel día, comenzó entre él y yo una lucha sin combate, lucha de todos instantes; lucha sorda y encarnizada y en la que ¡ay de mí! fui yo siempre el vencido. En vano agoté toda mi astucia para lograr la revancha sobre mi invisible adversario; aquel hombre que derramaba raudales de oro con tanta indiferencia, debía ser el diablo en persona ó estaba evidentemente protegido por él. Sin conocer la fisonomia de mi rival, yo me la forjaba con los colores mas siniestros que podia prestarme mi sobrecitada imaginacion. Para mí aquel hombre debía ser necesariamente un mónstruo con una nariz semejante al pico de una ave de rapina, con los ojos de uno de esos lagartos que se pasean por las ruinas de los cas-

tillos de Alemania y sobre todo con dos manos terminadas por uñas de inmensurable longitud. Al cabo de algun tiempo al preguntar por un volumen deseado, yo ya adivinaba temblando la respuesta eternamente la misma, de «Lo ha llevado el otro:» en la atmósfera que respiraba me parecia sentir su envenenado aliento. Una mañana, uno de los comerciantes que tienen establecido su bazar en los soportales de la plaza de la catedral, me lo mostró á lo lejos doblando una esquina.

Caminaba de espaldas hácia mí: de repente se volvió y juro que á pesar de la distancia vi que me señalaba con burlona sonrisa los libros que tenia en sus manos. Hasta me pareció reconocer en uno de estos el Elzevir único que faltaba á mi colleccion. Desde entonces mi odio no reconoció límites; mi deseo mas ardiente era el de encontrarle para aplastarle bajo el peso de mi encono. Mi deseo se realizó por fin, de la manera que vais á ver. Pero antes debo daros una lijera explicacion de ciertos hechos que se relacionan con este de tan graves consecuencias para los dos.

Mi abuelo Otto poseia un libro único en el mundo. D. Juan de Lorenzana, noble caballero español, pasó tres meses en Alemania convaleciéndose de una penosa herida recibida en los campos de batalla, pues apesar de no haber cumplido 24 años era D. Juan el alferiz mas gallardo y mas valiente de los tercios españoles.

Mas tarde, y de regreso en España se hizo sospechoso á la Inquisicion, pues esto pasaba en 1664, á la inquisicion que vigilaba con cuidado esquisito á todos los súbditos españoles que habian tenido trato íntimo con los *apestados*, como llamaban aquellos buenos dominicos á los luteranos alemanes. Por lo demás, las sospechas de la Inquisicion viéronse confirmadas al año siguiente en que sorprendieron sus familiares una edicion clandestina que hacia el caballero de «Los discursos de Melancthon» La Inquisicion quemó en un mismo día la edicion y el editor. Pero un caballero alemán, amigo de^l desgraciado, trasportó á

su patria el primer ejemplar de dicha obra, que habia venido á ser tambien el último, y que recibiera de sus manos la vispera del fatal suceso. A su muerte, lo legó á mi abuelo el cual lo conservó en su poder 40 años, al cabo de los cuales desapareció, robado, sin duda, causando este hecho su muerte. Fué, pues, una sagrada tradicion de familia el buscar este libro, pues así lo habia dispuesto mi abuelo en su testamento. Mi padre, que era un tanto supersticioso, habia consultado á unos gitanos de la Selva-Negra sobre si tendria la dicha de recuperarlo y le respondieron que esa fortuna estaba reservada al último de los Lübek, que es el apellido de nuestra familia. Hasta entonces, mis pesquisas habian sido tan infructuosas como las de mi padre. Pero un dia, escudriñando en un rincon de la tienda de Samuel Lipper, iba á marcharme desalentado cuando bajo una triple capa de polvo descubrí un in-folio que hizo latir extrañamente mi corazon de bibliófilo. Disponíame á cogerlo cuando una mano descarnada se interpuso y asió el libro vivamente. Me volví como una pantera herida se vuelve hácia el cazador y.... ¡Era él!

¿Cómo puede conocer á mi enemigo, á quien no habia visto mas que rápidamente un mes hacia sin haber podido fijarme apenas en sus facciones?

Explique quien pueda este misterio; pero en aquel viejo de balandran amarillo que me miraba con fisa por encima de sus anteojos, reconocí á mi esfinge. En el momento que tarlé en reponerme de la violenta conmocion que su presencia me habia producido, le examiné con atencion tan intensa que sus facciones jamás se borrarán de mi memoria. Era lo que suele llamarse un viejo bien conservado: sus dientes eran blancos y sus ojos conservaban bajo sus espesas pestañas algo del fuego de su juventud. Por último, su elevada estatura contribuía á darle un aire de majestad, que realzaban mas todavia los largos bucles de su cabello blanco como la nieve del Sinai y que caian casi sobre sus

hombrros. Un pintor le hubiera tomado por modelo para representar la vejez fuerte é inspirada de Samuel, el último representante de aquella raza de jueces avezados á todas las fatigas del cuerpo y del alma. Al ver que el original diferia de una manera tan completa del retrato creado por mi imaginacion, fermentó mas que nunca la levadura de odio que hácia él guardaba mi corazon.

— Ese libro me pertenece, le grité con rabia, le he visto antes que vos.

— Pero, en cambio yo le he cojido antes, me respondió con voz cascada, aunque tranquila.

Y abriendo con grave calma el volumen, leyó en alta voz:

DISCURSOS DE MELANCTHON

PUESTOS EN CASTELLANO POR UN CABALLERO ESPAÑOL.

Al oir este título, me estremecí poderosamente; era el mismo que llevaba el libro perdido por mi abuelo. Di un paso hácia él y haciendo un esfuerzo supremo, le dije con voz de estraña dulzura;

— Mirad, dadme ese libro y os daré en cambio todos los que poseo. Os aseguro que no perdereis en el cambio, añadí casi suplicando.

— No me conviene, me respondió friamente y dió me la vuelta para marcharse.

Entonces un vértigo espantoso me hizo ver de color de sangre todos los objetos. Miré á mi alrededor... El dueño de la tienda habia salido... Estábamos solos. Debajo de mi manto acariciaba maquinalmente un largo cuchillo del que me servia para desfoliar los cuadernos.

— Por última vez, le dije en voz tan baja que apenas si pudo oirme. Sed generoso conmigo. Os lo pediré de rodillas si es necesario. No me contestó y continuó su marcha sin dignar volverse siquiera.

El demonio de las tentaciones de venganza sabe lo que paso despues. Mi cuchillo se bañó en sangre tres veces; arrodillado al pié de su cadáver cogí con mano trémula el libro que habia caido de sus manos y en aquella semi-oscuridad, procuré leer la fe-

cha de su portada, única señal de su autenticidad. De repente, dí un grito ahogado; una mancha de sangre negra y todavía caliente cubria la mitad de la portada...

La fecha no podía leerse.

Como a través de un sueño, recuerdo que huí como un loco por las calles de Colonia y que un vecino me encontró desmayado á su puerta, ya entrada la noche...

Sombra de mi abuelo, perdóname e que no me atreva á asegurarme de haber cumplido tu último y mas ardiente deseo, pero aun cuando lo tengo siempre delante de mi, ¡siempre, aun cuando cierro los ojos! no me atrevo ¡oh! á tocar á ese libro comprado con la sangre de un semejante mio.

Cuando concluí de leer estas singulares Memorias, miré estremecido la portada del in-folio, que estaba cabalmente entre los que me habia entregado el buhonero. Efectivamente, una gran mancha cárdena se extendia por casi toda la portada. Entonces comprendí todo lo providencial que era este castigo, único capaz de affligir á un bibliófilo *pursang*; el de dudar eternamente de la autenticidad de un libro único en el mundo.

El sol habia desaparecido del horizonte: el viento gemia tristemente entre los alamos y entonces murmuré una plegaria por el alma del anterior dueño del in-folio cuya historia acabo de contaros.

Réstame decir que tampoco yo he tenido fortaleza de animo para borrar la mancha acusadora, pero creo haber completado la obra de la inquisicion, quemando á dos siglos de distancia acaso el único ejemplar que ésta habia dejado de *Los discursos de Melancthon puestos en castellano por un caballero español*.

JESUS MURUAIS.

SERMON [MANCHEGO Y PALABRA DE GALLEGO.

(CUENTO.)

(Conclusion.)

II.

Dieciseis años pasados de estos sucesos hubieran visto usarcedes, si vivieran, en una mañana del mes de Julio á los habitantes de la Jerusalem del Occidente, revueltos y en tropel caminando hácia la *Porta Flaccina*, como si aprestados fueran á contener alguna algarada de descreidos muslines, aunque la alegría de sus rostros decia lo contrario.

Presto llega el Ayuntamiento de Compostela, precedido de sus máceros y hombres de armas, al lugar donde se rebulle la multitud, y sepamos ahora, si podemos, la causa de tal ceremonia. Es el caso que van á recibir solemnemente á un señor capitán de los ejércitos del Rey D. Felipe el Animoso, el cual al frente de una buena escolta de lanzas (cosa pocas veces vista en la ciudad del Apóstol) camina á buen paso desde la córte, seis jornadas há, encargado de depositar, á nombre del monarca en las aras del altar mayor de la basilica compostelana, la ofrenda de costumbre al invicto Zebedeo, nuestro santo patrono.

No mucho se hace esperar la milicia real, pues á poco aparece en una revuelta del camino, una como densa nube, de la cual salen á menudo deslumbradores relámpagos, que tales parecen los reflejos que las bruñidas cotas y aceradas moharras de los ginetes despiden, al ser heridas por el sol verga-niego: Cabalga á la cabeza de esta lucida tropa, un bizarro capitán de elevado talle, espeso vigote y facciones curtidas por la intemperie, mas, proporcionadas y agradables ceñido su pecho por una primorosa banda recamada de plata y oro, en cuyo centro, esmaltada sobre campo de nieve, resalta la roja cruz de la órden de caballeros de Santiago. Apenas contará treinta años, y al ver su marcial apostura y desembarazo, claro describese en él á uno de aquellos capitanes que tan alto pusieron el nombre español en Italia y Flandes, á costa de raudales de su propia sangre y buenos botes de lanza. Mas, vámonos al grano, que nuestro cuento fin ha menester, como todo lo de este mundo.

Apenas llegado el capitán á su alojamiento, y aposentada la comitiva, despues de las ceremonias de uso, no mentadas por muy conocidas, fuése en derechura á la calle de las Huertas, acompañado de cerca por

multitud de curiosos, que nunca faltan en estas andanzas. Llegóse al rato á la casucha de una vieja castañera que allí bregaba la cuitada con la tos, las arrugas y las canas, por vender su mercancia y hablóle de esta manera: «Viejita de sobras estais, tia Gabriela, mas huelgome al menos de veros viva, que no muerta,» dijole y abrazóla con detrimento de su apergaminada encarnadura «Ay, señor caballero que sesenta y ocho cuaresmas, y catorce hijos y un millon de aprietos y fatigas, títulos son de sobras para merecer la encomienda de difunta, cuanto mas de achacosa y anciana como me veis! Pero.... quién sois, mi gallardo capitán, que así me conoceis? replicó la vieja.— Aquel, que ya conocido lo tendreis. lectores míos, no era otro que Martin *el galleguino*, dióse á conocer á la castañera, la cual semipetrificada de sorpresa, deshácese en excusas con el capitán, y pídele perdón por la despedida aquella de *illo tempore*, recibiendo en pago de tal arrepentimiento, de mano del mismo, no solamente quintuplicado el débito de las castañas, sino á mas una pensión vital de cinco ducados por mês, á cuenta de los réditos de la denda en tantos años. Despidióse el capitán, llevando tras de él los lamentos y vicios de benlicion de la anciana vendedora y las exclamaciones de asombro del pueblo que lo contemplaba, otro sí, acompañado de las miradas de mas de una hermosa dama santiaguesa, que escudada detrás del postigo, hacíase propósito firme de comer un capitán, hasta la misma cimera del ferrado casco, si no fuera por pevariar, ó por temor de que el Santo Tribunal de la Inquisición la requiriese y castigase por antropófaga probada.

Y ahora, vengan usaredes conmigo, no sean tornadizos á ver al padre Lara, que aun vive, y nada menos que de doctoral de la S. M. I. C. No era muy zamarro el padre, y dígolo así, porque aun averiguado no hubiera que era el caballero aquel, su acólito de otros tiempos, preparó un sermón para el dia del Apóstol, que, segun él decia, era el sermón suyo, el mas cumplido entre todos los sermones, que predicado se habian y habieron hasta la consumacion de los siglos.

Llegóse al fin el dia del santo patron de las Españas, y presentado que le fué por nuestro capitán el réal tributo, sube el doctoral al púlpito y enderezale al auditorio un discurso, que era cosa de agarrar la espada y repartir mandobles, en el nombre de Dios y de la Virgen Santísima á los cuatro vientos, segun de arenga

militar tenia la oracion del padre predicador. Despues, la emprende con el capitán: llamábale, *columna de la fe y del trono, bravo entre los bravos, gallardo caballero, hijo ilustre de Galicia*, y otras ternezas de esta guisa, mas nada valia esto, pues *el galleguino, hijo ilustre de Galicia*, seguia erre que erre, como buen gallego, firme y resuelto á cumplir la palabra de antaño.

Finó el sermón ó arenga de combate mejor, en los lábios, un tanto amoratados del padre, que siempre el zumaque hace de las suyas, y qual su asombro no fué, cuando al regresar á casa, topóse en ella con el capitán, que allí esperaba. De mas fuera decir cuanto hizo el clérigo, por disculparse con su ex-sacristán, á quien tanto maltratará; lo que este le dijo, y lo que pensaba la sobrina del primero, que al otro lado de la puerta acechaba la entrevista. En suma, aveníase ya el tío de esta partidario acérrimo del de Austria, ó á ser tío tambien de un capitán de las meznadas del Borbon Felipe, y gallego por remate, pésia á su ánimo, cuando, de repente, abriéndose la puerta con grandè estrépito, salió por ella el cuerpo y alma de la sobrina, mas hermosota y agraciada que nunca, la que fuese á dar de pechos contra el capitán, el cual menudeábale besos y abrazos, que era una bendicion de Dios, y le nombraba «esposa mia.» Y esto era lo veridico, pues la noche misma de su llegada, habíanse unido ante un sacerdote, y de secreto, realizando de este modo sus anhelos a unos, cosa esta que dejóle estufacto y tragico-corrído al doctoral que en ello no venia, y nada sabido tenia de como pudiera desatar este nudo matrimonial, que vale por mil gordianos, recordando como recordaba aquello de *quos Deus conjungit, homo non separet*.

«Tío, señor y padre mio, (dijole despues el capitán) no ignoro lo mucho que sufrido habeis, de luengos tiempos há, en esta *tierra de marranos*, donde *no hay justicia*, ni *camino en que quepan dos*, y á fe que para esto último razon sobrada teneis, si medis á todos los mortales por vuestras humanas formas, asaz foruidas y de bulto; por esto tío y mi dueño, doliéndome de los cuitas que en esta mal aventurada tierra del Meco os acaecen, conseguido hé para vos, del muy poderoso monarca don Felipe V, mi señor y rey, á quien tanto debo, vuestro traslado á la santa catedral del nuevo Méjico. Quiero así cumpliros la *palabra de gallego*, que, recordareis, os empené dieciseis años hace, y daros reposo á la vez, sacándoos de este purgatorio, tal y como reputais á mi tierra.»

«Palabra de hombre diéraos, padre mio, y olvidarla pudiera, que hombre de mentirigillas era yo entonces con solo quince años, mas de gallego dila, y pues lo soy desde que naci, cúmplola sin mengua de mi hidalgua, y con aumento de vuestra dignidad, que de canónigo vais á comisario de Cruzada: y alabad á Dios que así os proteje y al magnánimo rey que tanto os honra.»

«Además, por mis haberes que reputo en cincuenta ducados, de tres años que bien y lealmente os servi, obligaos el rey mi amo á celebrar doce misas cada año, en descargo de vuestros pecados y de los dudos míos que allá en la otra vida me aguardan. Honrado y ganancioso os dejo, aunque no contento, y así con Dios quedad, padre y tio mio, que yo con su divina magest d, y con vuestra sobrina, mi muy amada esposa, me quedo,» y marchóse el capitán.

Quedóse la mujer de este lloriqueando por despedirse del tio, que á tan lejanos países se iba, mas, en cambio, consolábala al ver, que ibase canónigo-comisario real de Galicia, y retobado en doblones, quien á ella habia tornado, de la desierta patria del Quijote, licenciado á secas, vestido *in partibus*, y con enjundias de gallina muermosa, por todo equipaje.

No podia comprender el canónigo novato tanta mudanza en un dia, por lo que fuese en demanda del palacio arzobispal, donde el arzobispo confirmóle su sentencia, leyéndole lo que sigue: «Al muy ilustrisimo y reverendisimo señor Arzobispo de Santiago.

Por la presente y á petición de nuestro bueno y leal vasallo, el capitán de nuestros ejércitos, D. Martín de Carvajal, conceded el traslado dentro del preciso término de ocho dias, para la santa iglesia del Méjico, en las Indias, al doctoral de esa santa metropolitana don Antonio Menendez Valdivieso de Lara y Bustos.»

«Es nuestra real voluntad se le conceda una canongia en aquella iglesia, y el empleo de Comisario real de Cruzada que Nos desde ahora le proveemos, por sus numerosos servicios en bien de nuestra religion y de nuestra causa, relevantes prendas é indisputables méritos.»

«Dado en la villa de Madrid á 27 del mes de Julio, del año del Señor 1708.—Yo el Rey»

Siempre el pueblo supo sacar partido de todo, y por *fas* ó por *nefas*, diviniza al que le place, como zahiere al que aborrece. Odiábalo al doctoral, por su carácter en extremo altanero y orgulloso, al saber que partia,

inventóle esta copla, que bajo los balcones de aquel cantaba de noche y dia.

Predicar á gallegos,
padre Antonino,
predicar á gallegos
sermon perdido.

.....

Ocho dias despues, salia para la córte, rua de San Pedro arriba, una calesa tirada por ocho robustas mulas, á cuyos costados galopaba el bravo capitán, seguido á poco trecho de su escolta.

Iba dentro del coche la señora doña Beatriz de Carvajal, la cual aprovechando el viaje de su esposo, ausentábase con él para la capital de la Monarquía—Contenta y satisfecha parecia la hermosa dama, mas esto no le impedia de exhalar á ratos muy profundos suspiros, y gruesas lágrimas que de sus ojos negros manaban, eran clara muestra de que algo la apesadumbraba y empañaba tanta dicha.—Y así era: lloraba la linda capitana, cada vez que asomaba la cabeza, y decusbria allá en el horizonte las elevadas torres de la Catedral, considerando que eran quizás aquellas, sus miradas postimeras á la nobilísima Compostela, y recordando el adios que acababa de dar á un tio, que si mucho la maltratara y abatiera, habiale servido al cabo de padre y amparo en sus orfandades.

Pocas horas despues, en una galera de rey que del puerto de Vigo daba la vela para el de la Veracruz, embarcábase un cura obeso y colorado, el cual instalado á bordo, y cerciorado que se hubo por si mismo del lugar que le cupiera á un pesado cofre que consigo llevara, dió un respingo disfrazado de suspiro, sorbióse en un santiamen cuatro ó seis narigadas de rapé, echóse al buche parte del contenido de una cantimplora que á prevención llevaba, metiéndose luego en la litera ó camarote que le destinaron, medio trastornado por los humos del mosto y las ansias del mareo incipiente, dijo, quedándose dormido—Del mal el menos, que perdido so ganando voy, y dígolo por lo de canónigo y comisario regio, no á humo de pajas, pero... Jesus. Maria y Jose; *de muger que dá en querer y palabra de gallego... reniego!*

RICARDO CONDE SALGADO.

Buenos Aires, Setiembre 1879.

LA ULTIMA DUDA.

No me importunes mujer,
Que el alma no puede dar
Amor que cause placer...
Yo me olvidé de querer
Desde que aprendí á olvidar.

Soy golondrina viajera,
Que en busca de otra ribera
Dejó hace tiempo sus lares,
Y aguarda la hora postrera
Sobre un lecho de pesares.

No quiero la luz mentida
Que en sombra se torna luego
Para amargarnos la vida:
Ciego, la paz me convida;
Déjame que muera ciego.

No más con sus rayos rojos
Me vengan á dar enojos
Tus ojos, luces del alma:
No me devuelven mi calma
Las miradas de tus ojos.

Para el muerto corazón,
Ni existe el hoy ni el ayer:
Sé que causo tu aflicción;
Mas perdóname, mujer,
Si no te pido perdón.

Y ya que anhelas oír
La historia de mi pesar,
¡Ay! prepárate á sufrir.
Yo, que me voy á morir,
Bien me puedo confesar.

Llego al fin de este desierto
Que crucé siempre entre abrojos,
Por tí del sueño despierto.
Luego, ciérrame los ojos,
Que al acabar, habré muerto.

Ya que á mi memoria inquieta
Ese pasado que evoco,
Mi amarga duda respeta:
Yo no sé si fui poeta
O si solo he sido loco.

Tras de la gloria corrí,
Y en mi carrera perdí
La fe de mi corazón...

Siempre, junto á la ilusión,
El desengaño sentí.

Siempre, con el alma herida,
Yo de la flor de mi vida
Di las hojas una á una;
Hoy que no tengo ninguna,
Lloro por la edad perdida.

Pródigo siempre del bien,
Lo derramé á manos llenas,
Siendo del pobre sostén;
Con las lágrimas ajenas,
Troqué en infierno mi edem.

Hoy nadie escucha mis voces:
Tú sola, mujer, conoces
Mi desventura, mi mal:
Otros viven en los goces,
Yo muero en el hospital.

Ni una amante, ni un amigo,
¡Falsa amistad! ¡Falso amor!
Por un bien, un enemigo.....
Si á todos no los maldigo,
Es que me falta valor.

Yo no pudiera vivir,
Roto de la fe el escudo,
Y aun no acabo de sufrir,
Pues sé que tras de morir
Me condeno, porque dudo.

¡Vete! No quieras saber
La historia de mi pesar,
Porque me haces padecer.
Yo me olvidé de querer
Desde que aprendí á olvidar.

No me recuerdes el dolor
Que llegó á turbar mi calma...
Mi sed de venganza inmolo
Para que se salve mi alma,
Necesito quedar solo.

Viendo junto á mi el vacío,
No mas blasfemara, impio,
¡Déjame! ¡Déjame! ¡Adios!
Siento de la muerte el frío...
Dudo de ella, y... ¡creo en Dios!

V. NOVO Y GARCIA.

Madrid, 1876.

[MISCELANEA.

Cuesta inmensos sacrificios, continuados afanes y vigiliass, adquirir una modestísima reputación literaria en Galicia. Por carácter nos resistimos los gallegos á conceder mérito alguno á todo lo que procede y es propio del país. Nuestros escritores jamás encuentran recompensados sus desvelos, ni consiguen por su talento la estimación y cariño de sus compatriotas. Así se explica que el inspirado y popular poeta Añón haya exhalado su postrer suspiro en un hospital: que el notable historiador Benito Vicetto, después de una existencia consagrada al cultivo de las letras y á la glorificación de la patria haya dejado á su esposa é hija por único patrimonio la pobreza, y que nuestros principales escritores y poetas, se vean forzados á buscar en tierras extrañas el pan y la gloria que en su patria se le niega.

Los que por voluntad ó por fuerza permanecen en la patria, no son mas afortunados. La desunión los separa; la indiferencia los hace desmayar; las nostalgias los consumen y rivalidades incomprensibles, hacen estériles todos sus sacrificios.

No hay esperanzas de poner remedio al mal: la deserción empieza á cundir entre las filas de los cultivadores de las letras que buscan en el santuario del hogar el refugio del olvido, al ver que á las obras que dan á luz sucede inevitablemente un escándalo, producido por las diatribas, insultos é impropiedades con que reciben su publicación, algunos de sus compañeros de ideales martirios y fatigas. Se apoderan de la crítica la ciega pasión y los deseos de venganza mal comprimidos, y este elevado sacerdocio se ejerce siguiendo sin variante de ningún género el sistema ridiculizado con tanta maestría y salática por el eminente Figaro. No se censura á un autor como literato: su personalidad física, es la que sufre todos los ataques de la crítica que priva en nuestra época.

Algunos que pasan por eminencias literarias y por personas formales, puesto que aseguran que ya han visto caer las rosas se empeñan en lanzar acusaciones de plagio contra escritores dignos de estima, sin que se tomen la molestia de demostrar lo que afirman, encerrándose en el mas absoluto silencio, apesar de las excitaciones y retos de los injuriados. Si algun periódico poseido de justa indignación, en aras de la verdad y en cumplimiento de su deber, se consagra á la defensa del acusado, recibe apóstrofes y calumnias por toda contesta-

ción. Los acusadores, juzgando inapelables sus fallos, no atienden razones ni toleran protestas. Apoderados del demonio de la soberbia, intentan que los lastimados en su honra, sellen sus labios y se postren á sus pies con demostraciones de humillación y vasallaje.

Estas difamantes acusaciones, se fulminan cuando un escritor en uso de su libérrimo derecho no se muestra conforme con todas las opiniones emitidas por los que se erigen en primeros campeones de la república de las letras.

Ejemplos recientes y dolorosos prueban hasta la evidencia nuestros asertos.

Renunciamos á entrar en el vedado terreno de las personalidades: estas discusiones además de ser enojosas y de molestar al público sensato, no contribuyen mas que hacer mas hondas y sensibles nuestras latentes discordias. No nombramos á nadie; no concretamos hechos; no revelamos el origen y la causa de ciertas acusaciones; pudieramos precisar los móviles á que obedece la conducta que se viene siguiendo por algunos; pero los cubrimos con el velo de la reserva, por prudencia y por amor al país.

Sin embargo, con toda la energía de que somos capaces, protestamos contra ese arbitrario sistema que tiende á destruir de una plumada la reputación de un escritor, adquirida á costa de inmensos sacrificios y penosas vigiliass.

Nosotros sabremos dominarnos y permanecer en nuestro puesto de honor en la seguridad de que procediendo así mereceremos los plácemes de la opinión ilustrada y cumplimos con los deberes que nuestra espinosa misión nos impone. Unos y otros, ya obtendremos la merecida recompensa; que la verdad triunfará del error mas tarde ó mas temprano.

ECOS DE ORENSE.

El frío se hace cada día mas intenso: las aguas del Barbaña se han convertido en hielo, los muchachos patinan, las clases acomodadas buscan abrigo en el hogar, y los presos de la cárcel pública duermen sobre un montón de pajas, en calabozos húmedos y frios y sin tener una manta con que cubrirse. Los pobres andan por las calles tiritando. La inacción es general, y por consiguiente apenas hay un eco en la población. Todo se hiela hasta los acontecimientos.